

El Último Acto de Don Bastián.

En Vallegrande, el tiempo parecía haberse detenido, atrapado entre susurros de historia y memoria. Las calles empedradas y los edificios de piedra desgastada daban al pueblo un aire de eterno crepúsculo. Las ventanas con persianas de madera envejecida ofrecían vislumbres de una vida tranquila: una abuela tejiendo cuentos, un niño con su perro, una pareja en la calma de la tarde.

En el centro del pueblo, una plaza amplia estaba pavimentada con losas doradas por el atardecer. En el medio, una fuente de piedra murmuraba secretos antiguos, mientras los bancos de madera bajo los majestuosos árboles ofrecían refugio. La luz se filtraba en un caleidoscopio de sombras danzantes.

En uno de estos bancos, bajo un roble centenario, se encontraba Don Bastián, un anciano de bigote encanecido y ojos llenos de nostalgia. Su violín, tan viejo como él, compartía con él el desgaste de los años. Cada tarde, tocaba con devoción, creando una sinfonía que resonaba en el alma del pueblo. Su música era un lamento y una celebración, un diálogo con la eternidad.

Los vecinos, acostumbrados a este espectáculo mágico, se congregaban en torno al banco de Don Bastián, formando un círculo casi ritual. Cada nota del violín era una conversación con el pasado, un susurro de nostalgia y un grito de esperanza. Aunque a veces desafinada, la melodía del anciano resonaba con sinceridad, tocando el corazón del pueblo.

Un día, mientras la brisa vespertina jugaba con las hojas del roble y el sol se ocultaba tras las montañas, llegó al pueblo un joven de semblante sombrío. Se presentó como Teodoro, un dramaturgo en busca de inspiración. Había oído hablar del don de Don Bastián para tocar el alma de quienes le escuchaban y decidió adentrarse en Vallegrande para encontrar su chispa creativa.

Teodoro, intrigado, se acomodó en el banco junto al viejo violinista. Observó cómo Don Bastián tocaba con una intensidad que parecía luchar contra el tiempo, cada nota un duelo entre tristeza y esperanza. La música era un espejo del universo: llena de altibajos, risas escondidas tras lágrimas. Mientras el sol se desvanecía, la luz dorada se filtraba a través de las ramas del roble, creando un juego de sombras que danzaban al ritmo de la melodía.

En ese ambiente cargado de magia, Don Bastián comenzó a tocar una pieza que parecía declamar una poesía de su vida, una que Teodoro estaba a punto de descubrir:

*En el crepúsculo del reloj, el tiempo se desliza,
como un río de plata bajo la luna precisa,
donde el dolor y el gozo son ecos de un mismo canto,*

y el pasado y el futuro giran en un vals santo.

*En cada nota rota, un suspiro de pena,
la vida es un teatro en una sombra serena,
donde el comediante llora y el trágico se ríe,
en la danza de las sombras, el presente se dirige.*

Cuando el último acorde se desvaneció, Teodoro se acercó al anciano, los ojos llenos de asombro. "Don Bastián," empezó, "¿cómo tocas con tanta intensidad, sabiendo que tus notas son imperfectas y que el tiempo avanza en tu contra?"

Don Bastián levantó la vista y sonrió con melancólica picardía. "Joven Teodoro," respondió, "la vida es como un violín viejo. A veces desafina, a veces suena como un lamento. Pero lo importante no es la perfección del sonido, sino el corazón que se pone en cada nota. En la imperfección hallamos nuestra verdad, y en la tristeza, la comedia más pura."

Teodoro se quedó en silencio, absorbiendo la sabiduría de Don Bastián. La tarde se desvaneció en un crepúsculo dorado, y la plaza de Vallegrande quedó desierta. El joven dramaturgo comprendió que la verdadera inspiración no residía en una melodía perfecta, sino en la autenticidad de las experiencias humanas.

Esa noche, Teodoro se sumergió en el silencio de su habitación, determinado a capturar la esencia del día vivido. Su pluma trazó palabras que exploraban la vida en su forma más cruda y genuina. La obra de Teodoro emergió como un homenaje a las imperfecciones de la experiencia humana. El último acto de su obra no fue un fin, sino un nuevo comienzo, una celebración de la belleza encontrada en la lucha y la desdicha, y del humor que surge en la cotidianidad.

Don Bastián, con su violín bajo el brazo, se despidió del joven dramaturgo con un guiño cómplice, como si dijera que la vida, con sus notas disonantes y momentos de incertidumbre, siempre ofrece un concierto digno de ser vivido. En Vallegrande, la lección del viejo violinista se perpetuó en los corazones de sus habitantes, recordándoles que en cada nota imperfecta y en cada acto inconcluso se hallaba la esencia misma de la existencia. La verdadera sabiduría residía en aceptar la imperfección y celebrar la belleza inherente en cada momento de la vida.

Así, Vallegrande continuó su curso no como un lugar atrapado en el tiempo, sino como un escenario vibrante donde la melodía del viejo violinista resonaba como un himno a la vida misma, un recordatorio constante de que siempre hay una canción que vale la pena escuchar.